

castigase como á los foragidos mas desalmados. El destierro de los mas señalados revoltosos, el encierro perpetuo de otros ménos atroces y peligrosos, una vigilancia zelosa para espiar á los que hubiesen abrazado las opiniones revolucionarias, y su exclusion general de los empleos públicos, eran otros tantos medios para aniquilar el partido contrario. Observé con gusto, que todos se contentaban con esta última precaucion; es decir, con escluir perpetuamente de los empleos públicos á todos aquellos que se habían declarado republicanos, sin tomar parte en los atroces designios de los *anarquistas*; porqué haciendo esta distincion tan señalada entre unos y otros, se manifestaba cierta estimacion á los republicanos, y el odio debido á los agentes del terror revolucionario. Efectivamente, los primeros eran solo de temer por sus opiniones y conducta opuesta al siste-

ma de Gobierno que se trataba de restablecer; y por consiguiente si la justicia exigía que se tuviera alguna consideracion con ellos, la prudencia aconsejaba que no se les emplease. En cuanto á los emigrados, como no constaba aun, si reuniéndose en la otra parte del Rin, habían tomado las armas con intencion de guerrear contra la patria; quedó indecisa la cuestion sobre restablecerlos en sus antiguos puestos, á pesar de las vivas reclamaciones de algunos partidarios suyos, que á decir verdad, se habían mostrado mas rigurosos que otro alguno en los medios adoptados.

Fijóse para la noche siguiente la ejecucion de este grande proyecto, de que pendía la suerte de la Francia y de su monarca. Las doce y media era la hora aplazada, y la señal en que nos convenimos, fué el incendio del Temple, y un cañonazo disparado en el

puente nuevo , cuyo puesto avanzado estaba por nosotros. De resultas de tan espantosa novedad , era de esperar que todos los habitantes de Paris saliesen de sus casas, y que de este modo se poblasen de gente las calles y las plazas.

Al mismo tiempo las tropas que seguían el partido del rey, distribuidas en todos los barrios de la ciudad , debían apoderarse de los puestos mas importantes, de las puertas, de la tesorería y armería, y del palacio de Orleans, impidiendo por todos los medios posibles la reunion de los diputados en la sala convencional, ó en otra cualquiera parte. Asimismo una division de tropa, escogida y mandada por gefes inteligentes y experimentados, había de dar muerte á los principales rebeldes, y en caso que estos tuvieran aun algunos defensores temerarios, acabar con todos ellos ejecutivamente.

Al restablecimiento de la monarquía debía tambien preceder el pronto arresto de los individuos del consejo ejecutivo, de los administradores del departamento del Sena, de los miembros mas corrompidos de la municipalidad, de un gran número de jacobinos y diaristas sediciosos, y demas propagadores de los escesos de la anarquía. Mientras que todo esto se verificaba á un mismo tiempo, Luis XVI y su familia, libres de la prision á favor del incendio, habían de retirarse á casa de madama Melwood, donde cuidaríamos de ellos su hija, Fitz-Asland y yo, que tambien tenía el encargo de aconsejar á SS. MM. y á la familia real (luego que me avisasen los realistas de su victoria) que saliesen á caballo por las calles de Paris, escoltados por mucha tropa, para reconquistar con el acero en la mano el trono de Carlo-magno, de san Luis y de Enrique IV.

Tal fué en suma el plan que se concertó, dejando á la prudencia de los gefes los medios parciales que considerasen oportunos al logro del intento. Por último se determinó despachar correos á las provincias y á los países estrangeros con la noticia de la conspiracion, para comunicar el impulso del centro á toda la circunferencia y apoyarse en las fuerzas de los confederados.

Esta sesion inflamó á mi alumno, fortaleciendo mas y mas sus pensamientos generosos. Mi amada María Teresa, decía, va á subir otra vez á la cumbre de la grandeza, y á alejarse de mí para siempre: acabóse ya el proyecto de una vida pastoril. Pero no importa: sea ella feliz. y yo quedaré satisfecho, pudiendo decir con orgullo cuando la vea en el trono: hé aquí la obra de mi amor.

Léjos estaba yo de abrigar el mismo

entusiasmo, no porqué fuesen inferiores á los de Edwino mis deseos de restablecer á la familia real, sinó porqué el momento de la ejecucion me parecia terrible y espantoso. Figurábame ya ardiendo á Paris en una guerra civil, desencadenadas las pasiones mas violentas, abierto el camino á las venganzas personales, é inundada en sangre la tierra. Cualquier partido que venciese, la perspectiva siempre era para mí la misma, con la diferencia del objeto: siempre se me representaban millares de hombres, arrancados á la sociedad por una muerte trágica y prematura; y nunca he podido dar entrada en mi pecho al sistema feroz, que trastornando las ideas y los afectos naturales, no deja que el hombre se compadezca de su semejante, si es un enemigo: como si por ser uno ingles ó frances, republicano ó realista, dejase de pertenecer á la mis-

ma familia que puebla la tierra.

No estaba yo comprometido en la empresa con juramento alguno; pero mi conciencia, el pundonor y la virtud me estimularon á participar al rey cuanto había pasado en aquella noche memorable, y aun me pareció conveniente noticiarle mi encuentro con Dumouriez, persuadido de que en la actual situacion de las cosas, sería una suma imprudencia el ocultarle la verdad. Luis me respondió en estos términos.

ESQUELA DE LUIS XVI,

TRASLADADA

DEL ESPEJO CÓNCAVO.

(*Documentos justificativos, núm. 13.*)

« Señor de Fermont : por la amistad que me profesa Vd., le ruego, y en ca-

so necesario le mando con toda mi autoridad, que de ningun modo coopere á los proyectos consabidos : el de Dumouriez me horroriza, y el otro me hace temblar. Diga Vd. pues á los que lo han ideado, que suspendan la ejecucion, y que solo tendré por vasallos fieles á los que me obedezcan. »

Contesté sin dilacion á S. M. que le acreditaría mi zelo y estimacion sirviéndole, no como yo deseaba, sino segun las órdenes que me había comunicado.

Era ya preciso manifestar la carta del rey á los gefes de la conjuracion. En otro tiempo había yo conocido á los principales de ellos en la corte; pero ahora que andaban fugitivos y precisados á ocultarse, no me era posible saber su paradero. Encaminéme pues á la casa de Toulan, y habiéndome dicho que estaba en la municipalidad, me dirigí allá inmediatamente;

pero luego supe que acababa de salir para el Temple, en donde no podía presentarme sin ser conocido: por consecuencia me vi precisado á esperar, aunque estaba viendo llegar por instantes la hora fatal, y cualquier dilacion podía ocasionar una ruina inevitable.

Al cabo de dos horas volvió Toulan con el rostro encendido, los ojos centellantes y descompuesto el cabello. Salgamos, me dijo, pues tengo que hablar con Vd. — Entramos en un coche de alquiler que nos llevó al jardín de la armería: de tiempo en tiempo se le escapaban á Toulan algunas exclamaciones interrumpidas con profundos y largos suspiros, y entre tanto que se serenaba, le leí la carta del rey; pero esta léjos de aquietarle, púsole mas irritado y furioso. No hay remedio, exclamó; siempre pusilánime ese monarca indolente, que no sabiendo discursar

ni obrar por sí mismo, no deja siquiera que los otros piensen y trabajen por su bien. O princesa augusta y desventurada! ¡cuánto os compadezco, al considerar vuestro grande ánimo, sujeto al de un esposo tan indigno! Pero no importa; sabremos vencer cuantos obstáculos nos oponga: se verá precisado el cobarde, ó á mostrarse valiente, ó á perecer á puñaladas. — Aunque me indignaban las expresiones injuriosas, el tono y ademan violento de Toulan, le rogué sin embargo que se esplicase mas. Y ¿qué podré deciros, me respondió, que no sepáis? ¿Acaso esa carta y mi enojo necesitan esplicacion? — Insistí, á pesar de esto. Pues bien, continuó el municipal, sabéd que me encaminé al Temple algun tiempo despues que por una prudencia tímida y de mi desaprobacion, disteis cuenta al rey de nuestros proyectos. Halléle acompañado de su

familia, y apenas hubo cerrado la puerta, cuando corriendo á mí me dijo con brutal furor: ¿Con que habéis resuelto perderme? sois un ambicioso, y solo intentáis labrar vuestra fortuna bajo un pretesto laudable; pero desengañaos, que yo, lejos de dar mi beneplácito, os prohibo continuar en una empresa desatinada, que no puede acarrearme sinó deshonra y la muerte. — La reina, tan agradable como animosa, se levanta al oír estas palabras, y acercándose á su esposo, le dice: ¿Por qué castigas así el zelo de Toulan? ¿acaso será él delincuente porque tú seas débil? ¿es justo tratar como enemigo al que quiere ser tu libertador? No admito sus servicios, respondió el monarca, porque ocasionarían su ruina y la nuestra. — ¿Con que prefieres la vida ignominiosa que pasamos en esta torre, á la gloria del triunfo que nos espera? ¿y desatiendes los sacrificios

de una nobleza leal, por ocuparte solo en tu propia seguridad? Hasta aquí has consentido y ausiliado nuestros esfuerzos, ¿y ahora que se acerca el momento de la lucha, dudas, ó por mejor decir, evitas el combate? Pero ¿por qué debo yo extrañarlo? ¿no hiciste lo mismo en otras situaciones igualmente críticas? ¿Supiste acaso preservar mi lecho de las infamias del 6 de octubre? ¿castigaste por ventura el atentado de 28 de febrero? ¿No sancionaste el crimen inaudito de 20 de junio, deshonrando con el gorro de los foragidos unas sienes que había ceñido la diadema? ¿no se desplomó bajo tus plantas fugitivas el trono, en que debías morir con el cetro en la mano? Y ¿á cuántos mas delitos no ha dado lugar tu debilidad? Aun hoy mismo, hoy en que un valor sin límites y una lealtad á toda prueba quiere castigar á tus enemigos, ¿vacilas? rehusas

tu beneplácito? O! ; cuánto tienen que agradecerte los conspiradores! ¿Quién es mas cómplice de ellos que tú? Pero vana será la esperanza que fundan mas en tu miedo que en su audacia: descendiente de los mas augustos progenitores, hija de la inmortal María Teresa, esposa del rey de Francia, y madre del heredero de la corona, sabré justificar estos títulos: á pesar tuyo sabré arrancarte de esta prision; á pesar tuyo ceñiré con la diadema tus pálidas sienes; y en fin á pesar tuyo volverás á ser rey, y la Europa te tendrá por hombre. —

Durante este discurso, el rey atónito y recostado en un sofá, se entregaba á una profunda y triste meditacion: sus hijos sollozaban abrazados de madama Isabel, y esta lanzaba dolientes suspiros levantando al cielo sus ojos llorosos; pero la reina sin cuidarse de este espectáculo, me dijo: Toulan,

su zelo de Vd. me ha dejado satisfecha; continúe Vd. dándome pruebas de él. Antonieta se lo ruega á Vd., añadió dirigiéndome una mirada irresistible; y su reina se lo manda, concluyó erguiendo la cabeza con magestuosa dignidad. Despidiéndome estaba ya de SS. MM., cuando levantándose el rey y asiéndome fuertemente del brazo, me dijo con voz colérica: Yo se lo prohibo á Vd. segunda vez; triste de Vd., si no me obedece! y diciendo esto, nos dejó y se encerró en su gabinete.

El amor de Toulan, que la reina fomentaba con una halagüeña esperanza, la humillacion que le había hecho sufrir el rey, y tal vez alguna dosis de ambicion que suele mezclarse, á pesar nuestro, en las acciones mas indiferentes, habían trastornado enteramente su juicio; y así le dejé muy pesaroso, y convencido del mal éxito de su proyecto, puesto que desaprobándolo el

rey, no haría mas que acelerar su ruina, la destruccion de su partido y el triunfo de los facciosos.

Madama Melwood, con quien fui á conferenciar en seguida, se espantó de ver estampada en mi semblante la desesperacion; y luego que se instruyó del motivo, me aconsejó dar otro paso para convencer al monarca. A consecuencia de esto subimos al gabinete octágono, desde donde dirigí á S. M. una esquela concebida en los términos mas ejecutivos; pero por desgracia mia no tuvo respuesta. En mi estado de suma inquietud osé penetrar, por medio del espejo reflexivo, hasta la habitacion, y en cierto modo hasta el mismo pensamiento de Luis XVI. ¡Qué espectáculo tan tierno se presentó entonces á mis ojos! El monarca reclinado en su lecho, apoyada la cabeza en una mano, y con la otra enjugándose los ojos, estaba acompañado de su herma-

na y su hija arrodilladas á sus piés; y á dos ó tres pasos de allí el jóven Carlos, abrazado de su madre, parecía que la suplicaba ardientemente con espresivas miradas se acercase á su esposo. Esta escena duró algunos minutos, hasta que Luis, al parecer ablandado y enternecido, tendió los brazos á la reina, convidándola con los ojos llorosos, segun mi juicio, á una reconciliacion. Antonieta, cuya entereza se rendía siempre á la impresion de la amistad y á los impulsos de la naturaleza, se arrojó llorando á los brazos de su esposo, quien despues de haberla estrechado tiernamente, escribió este renglon en la máquina telegráfica: *haced lo que tengáis por mas conveniente; accedo á todo.* Fui luego á llevar esta respuesta á Toulan, quien la recibió con bastante indiferencia, asegurándome que en nada alteraba las últimas disposiciones. Era ya entrada la noche, y no esta-

ba léjos la hora señalada para dar principio á nuestro proyecto. Fui á esperarla con Edwino á mi puesto, es decir, á casa de madama Melwood, y me puse á contemplar horrorizado lo crítico de la empresa. ¿Podía darse en efecto, alguna mas importante en sus resultados, ni mas terrible en su ejecución? ¿Qué problemas tan difíciles los que iban á resolverse! Se trataba nada menos que de libertar una familia real; restablecer en el trono á un monarca; reducir á todo un pueblo bajo de la autoridad y del yugo que acababa de sacudir, conteniéndole dentro de los límites que había traspasado; sujetar á una faccion, que no tenía mas objeto que la anarquía, el robo y la desolacion; castigar á sus gefes; no perder de vista á los de los republicanos; y sostener ademas y dirigir á los mismos instrumentos de esta revolucion, no fuese que, aun en medio del noble im-

pulso que los animaba, se propasasen á cometer algún esceso ó vileza. El extraordinario tino que era indispensable para semejante empresa, me hizo temer que no sería tan feliz el resultado como yo deseaba. Dios mio! exclamé; vos que disponéis del corazon de los reyes y de la suerte de los imperios, concedéd á la Francia lo que mas convenga á su felicidad y á vuestra gloria.

Oscurécese mas y mas la noche; pero yo observo desde el gabinete cuanto pasa en las calles y en los patios del Temple, velando en el precioso depósito que encierra aquella prision. Estaban entónces separados los presos: un veloncillo puesto sobre el bufete del rey alumbraba la estancia: dejábase ver este monarca, ántes tranquilo con sus cadenas, inquieto y pensativo en el momento que iban á romperse. Ya da algunos pasos acelerados; ya se pára, suspira profundamente, y se sienta

con ánimo de escribir; mas apénas ha escrito dos líneas, se pasea de nuevo por el cuarto. Repentinamente se arrodilla, levanta sus inocentes manos al Arbitro de los imperios y Rey de reyes, y segun su espresion, entiendo que le ruega, aleje de la Francia los males de que se ve amenazada. Desventurado príncipe! ¿cómo se portó el cielo tan riguroso contigo y con la Francia, pues no fué oída tu súplica, presentada á los piés del Eterno por el ángel de misericordia, ni lograste mas respuesta que un severo castigo?

Doce veces suena la campana del reloj, y doce veces se me hiela la sangre en las venas. Hijo mio, dijo el abate de Fermont interrumpiendo su historia y dirigiéndose á mí; esta noche no es parecida á aquella. Ahora los apacibles rayos del sol en su ocaso templan la frescura del otoño; las hojas de los árboles que mueve el blando viento,

son un vestigio de la pompa de la primavera, y ese hermoso y resplandeciente cielo sugiere pensamientos grandiosos y sublimes; pero otro espectáculo muy diferente ofrecía aquella noche desastrada. El helado setentrion soplabá entónces con furia espantosa, miéntras un espeso toldo de nubes, cargadas de nieve y hielo, ocultaba el azulado firmamento, en cuyo inmenso espacio resonaban de tiempo en tiempo fúnebres clamores, seguidos de un silencio espantoso.

Poco despues de las doce me pareció que distinguía á la luz de los faroles una ráfaga de humo blanquecino, que salía de uno de los ángulos de la torre. Esta es la señal, dije á madama Melwood estrechando su mano: no tardaremos en oír el cañonazo. — Al mismo tiempo entró Edwino con su hermana, diciendo: Animo, que todo va bien: la señal está dada, y en breve

oiremos el cañonazo de alarma. Paquita que venía con su hermano; ya ven Vds. el humo, nos dijo; esta es la señal: pronto se oirá el cañonazo de alarma. — Las orejas me retiñían al oír esta terrible palabra, mi corazón palpitaba, y hasta la boca repetía sin quererlo: alarma, alarma!

Después de un breve rato se dejó ver en medio de un torbellino de humo negro y denso una viva y rápida llama, que parecida á una columna en su origen, se extendió poco á poco, y se dividió en varios ramales de fuego ondeantes y flexibles, que subían á encender las antiguas almenas. Al resplandor del incendio las gentes se conmueven, se inquietan y se reúnen: el rey atónito al ver la hoguera, se asusta mas que ninguno. Óyense alaridos por todas partes, y la campana del Temple toca á rebato. La muchedumbre acude atropelladamente á los pa-

tios del palacio, y aunque no había yo oído el cañonazo del puente nuevo, no dudé que había comenzado la conspiración acordada. Madama Melwood pensó lo mismo, y Fitz-Asland salió á informarse; pero yo estaba tan persuadido de la verdad del hecho, que me puse á preparar lo necesario para recibir á la familia real ya libertada.

Esperando estuve el resultado un cuarto de hora, maravillado de no oír el cañonazo, y de cada vez mas inquieto con los progresos del incendio, y con los gritos y el alboroto de la muchedumbre, temblando que aconteciese una desgracia á la familia real y á mi alumno. Entre tanto las bombas se empleaban ya en apagar el incendio, despidiendo tan grandes raudales, que me ocultaban la ventana del cuarto del rey, á donde dirigía mi vista de tiempo en tiempo. Este accidente aumentó mi temor é incertidumbre,

y sin poder contenerme salí del cuarto. Al bajar la escalera tropezó conmigo un hombre; retrocedí, y mirándole con atención reconocí á Edwino; pero ¿en qué estado? sobresaltado, trémulo, desgarrado el vestido, erizado el cabello y ensangrentado el rostro. Quise preguntarle, y me llevó por fuerza al gabinete, en donde se reposó y cobró aliento, limpiándole madama Melwood la sangre y el sudor que le corría de la frente, y preguntándole por su hija. Yo tambien quise saber del rey y de su familia, y esperaba la respuesta con gran sobresalto.

Tranquilizaos, nos dijo Fitz-Asland; ninguna desgracia ha tenido mi hermana: el rey y su familia han escapado del puñal de los asesinos: estos no existen ya, y los augustos presos respiran. Por lo demas se ha desbaratado el plan de la conjuracion, y el rey vuelve á verse oprimido con mas pesadas cade-

nas: Toulan y otros seis personages están presos.—Cada palabra de mi alumno era un golpe mortal; mas á pesar del terror que me inspiraba, le rogué se esplicase mas, y él lo hizo en estos términos.

Recorriendo, en compañía de Paquita, las filas de los soldados armados y los corrillos del pueblo, que lo estaba á su manera, observaba todos los semblantes, y escuchaba todas las conversaciones; y por ninguna señal pude rastrear que se hubiese descubierto la conjuracion, ni tampoco si los ánimos estaban dispuestos á apoyarla. Solo noté, que en algunos corros separados hablaban en voz baja, y queriendo acercarme á ellos, fui rechazado con aspereza. En esto comienza á levantarse entre la muchedumbre un murmullo sordo, que toma mas y mas incremento: decíase que estaban en gran riesgo las vidas del rey

y de su familia. Oir esta voz, atravesar por medio del pueblo reunido, llegar al Temple y subir la escalera, á pesar del innumerable gentío que la embrazaba, todo esto lo hicimos mi hermana y yo en un momento. Llegamos á los primeros postigos, y ya los habían forzado: con el sable en mano nos abrimos paso hasta las segundas rejas defendidas por dos carceleros; pero un tropel de gente armada las abrió y pasó adelante. Ocurrióme de repente el pensamiento de meterme en medio de los armados, dándoles á entender que mi designio era igual al suyo. Sus feroces semblantes, sus insolentes dicterios y la clase de armas que empuñaban, me hicieron conocer evidentemente que eran asesinos. Como yo llevaba uniforme y esgrimía el sable en medio de todos, me cedieron desde luego el primer lugar; y aunque preveía el riesgo que me amenazaba, solo

traté de libertar á los presos de la muerte. En efecto, llegamos al tercer postigo, y el que lo guardaba, huyó arrojando las llaves, de que me apoderé. Entre tanto resonaban á mi rededor los gritos de muerte, y ya solo se trataba del género de suplicio con que habían de espirar los desdichados presos. Observando á cuantos me rodeaban, no descubrí mas que hombres frenéticos, de cuyas espantosas bocas salían de continuo amenazas y maldiciones. Sin embargo no era tan considerable el número de los asesinos como el de los curiosos, pues habiendo yo preguntado á todos, si era su intención sacrificar á Luis XVI, no tuve mas respuesta que un triste silencio, en medio del cual cinco á seis voces solas pidieron su cabeza. Al oírlo dije, que sería inhumanidad horrorosa asesinar á unos presos, que, aun dado caso fuesen culpables, estaban indefensos, y

á mas de esto habían de ser juzgados segun la ley. La mayor parte de los que me escuchaban, aprobaron mi pensamiento; pero al contrario los asesinos gritaban rabiosos, me cercaron, y trataron de intimidarme con sus armas. Apartélos de mí con el sable, amenazando de muerte al que tuviese la osadía de acercárase; y repentinamente al terrible esplendor del incendio que alumbraba este horroroso espectáculo, vi centellar junto á mi pecho un desmedido alfange: evité el golpe; pero no tan bien que dejase de herirme, aunque levemente. La vista de la sangre redobra mi esfuerzo, descargo furiosos golpes acá y allá, y hiero á dos asesinos. En esto un sacudimiento violento quebrantó la puerta, y los foragidos trataron de entrar por ella; pero yo los contuve. Repito los golpes, y uno de los asesinos cae muerto; los dos ya heridos abandonan

el combate, y los demas huyen. El aspecto del rey, que se presentó entonces con reposo y magestad, detuvo á la muchedumbre. Heríd, les dijo, baños en la sangre de vuestro rey; pero á lo ménos perdonád á mi esposa y á mi inocente familia.— Estas palabras, dichas con cierta firmeza patética, enternecieron y espantaron á los facciosos: unos avergonzados bajaban al suelo la vista, y otros vertían lágrimas: en fin todas las olas irritadas de esta tempestad espantosa iban á estrellarse á los piés del monarca, amenazado ántes por ella. A esta sazón ha llegado un oficial de la municipalidad, ha mandado á la gente que se retire, y ha tranquilizado al rey diciéndole: Dos conspiraciones estaban tramadas contra vos; la una para sacaros de la prision y colocaros de nuevo en el trono, y la otra para terminar con un asesinato vuestra vida y la de

vuestra familia. Esta trama ha sido deshecha por la vigilancia de la municipalidad y de los republicanos. Acaban de ser arrestados varios personajes que seguían vuestro partido, y entre ellos Toulan, cuyo delito va á descubrirse por entero. Por lo que á vos toca, miéntras estéis bajo la responsabilidad del tribunal, el puñal podrá amenazaros, pero nunca heriros.

Paquita, que entró al acabar Edwino su relacion, nos dió mas recientes noticias. Decíase de pública voz, que habiendo asegurado la reina al oficial municipal que estaba de guardia en su cuarto, que aquella noche sería la última de su prision, entró en sospecha el magistrado, y al punto dió cuenta á la municipalidad: que esta rezelosa ya desde el interrogatorio que en 17 de agosto había hecho el tribunal á la reina, á Clery, Chamilly, Masles-herbes y á mí, y confirmadas ahora

sus sospechas por la indiscrecion de la misma reina; mandó inmediatamente poner centinelas dobles en los puestos mas importantes, y guardar con mayor vigilancia los cañones, mudando al mismo tiempo el santo: que cuando el fuego se manifestó en la torre del Temple, Toulan, sospechoso ya á la municipalidad y observado siempre por ella, se había presentado en el cuerpo de guardia del puente nuevo, en donde esperaba hallar á sus amigos; pero en vez de esto había sido arrestado allí con dos de sus compañeros, dos presidentes de secciones y un oficial general: que á este se le había encontrado una lista de conjurados, entre quienes había varios personajes señalados, así en el antiguo Gobierno como en el nuevo, muchos de los cuales habían sido arrestados, y á los demas se les estaba buscando; finalmente, que los presos guardados con mas

rigor, serían vigilados con mayor cuidado, y que la municipalidad estaba tratando de los medios mas eficaces para afianzar su existencia, la seguridad de la prision, y su propia responsabilidad.

Estas nuevas me hicieron conocer que ya no había probabilidad alguna de libertar ni restablecer á la familia real, ora hubiesen desbaratado el plan los republicanos, ora los anarquistas. Con todo, en el primer caso me restaba aun la esperanza, ó por mejor decir la certeza de salvar la vida al rey y á su familia, y aun de alcanzar su libertad en adelante. Pero admitiendo el otro supuesto, ¿qué perspectiva tan triste se me presentaba acerca de los ilustres presos! Sumergidos nuevamente éstos infelices en un abismo de calamidades, no les quedaba mas recurso que el zelo de un fiel servidor como yo, interesado en la conservacion de una familia

tan desventurada, que aun escitaba la compasion de sus enemigos. Antes pues de separarme de madama Melwood hice saber á Luis el resultado principal de aquel funesto dia, protestándole que mi zelo y desinteres durarían tanto como mi existencia. Hace mucho tiempo, me respondió el rey, que estoy resignado á todo, y el último acontecimiento no ha hecho mas que fortalecer mi resignacion. Compadezco á la reina y á mi hermana: mis inocentes hijos me enternecen, y en favor de ellos solamente reclamo vuestra amistad. Por lo que hace á mí, creo que podéis orar por mi réposo eterno, como si estuviese difunto. — No pude leer entónces ni repetir ahora estas líneas patéticas, sin sentir una violenta opresion de corazon, y derramar amargas lágrimas.

El dia siguiente, que era el 3 de diciembre, fué muy alborotada la sesion

del cuerpo convencional, en donde se hicieron las propuestas mas atroces, con toda la insolencia de la anarquía victoriosa, llegando á tal extremo, que algunos pidieron la muerte de Luis en el término de veinte y cuatro horas. Es verdad que los republicanos hicieron los mayores esfuerzos para desvanecer tan inhumanos pensamientos; pero cuando la asamblea, ya mas sosegada, propuso esta cuestion: *si el rey había de ser juzgado, y si lo había de ser por ella*, todos votaron por la afirmativa, contra la opinion que habían manifestado hasta entónces, y faltando á la palabra que me habían dado por medio de Manuel. Sin duda procedieron así, rezelosos de las tentativas que el abatido Gobierno hacía para restablecerse. ¡Estraño enlace de los sucesos que preparan el destino del hombre! Los mismos esfuerzos que se hacen para enfrenar su curso, solo sirven

para comunicarle mayor fuerza y rapidez: así un torrente impetuoso corre con mayor furia y desenfreno, cuando ha arrollado los diques que cerraban el paso á su corriente.
